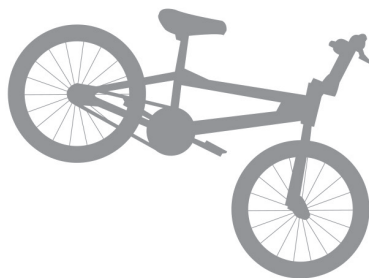


NETFLIX

STRANGER THINGS



HORRORES DE HAWKINS

UNA COLECCIÓN DE
RELATOS ESCALOFRIANTES

Matthew J. Gilbert

GRANTRAVESÍA

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del creador, o se usan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas (vivas o muertas), acontecimientos o lugares reales es mera coincidencia.

STRANGER THINGS: HORRORES DE HAWKINS
Una colección de relatos escalofrantes

Título original: *Stranger Things: Hawkins Horrors*
A Collection of Terrifying Tales

Texto © 2022, Netflix CPX, LLC and NETFLIX CPX International, B.V.
STRANGER THINGS™ es una marca registrada de Netflix CPX, LLC and NETFLIX CPX International, B.V. Todos los derechos reservados.

Publicado según acuerdo con Random House Children's Books,
una división de Penguin Random House, LLC, New York

Traducción: Marcelo Andrés Manuel Bellon

Portada: © 2022, Netflix Inc.
Imagen de portada: Patrick Spaziente
Foto original de portada usada con el permiso de Joe Hiltabidel
Photography

D.R. © 2022, Editorial Océano, S.L.
Milanesat 21-23, Edificio Océano
08017 Barcelona, España
www.oceano.com
www.grantravesia.es

D.R. © 2022, Editorial Océano de México, S.A. de C.V.
Guillermo Barroso 17-5, Col. Industrial Las Armas
Tlalnepantla de Baz, 54080, Estado de México
www.oceano.mx
www.grantravesia.com

Primera edición: 2022

ISBN: 978-84-124730-0-1
Depósito legal: B 12739-2022

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del editor, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. ¿Necesitas reproducir una parte de esta obra? Solicita el permiso en www.cedro.org.

IMPRESO EN ESPAÑA / PRINTED IN SPAIN

9005670010622



CONTENIDO

11:58 P.M. 9

Una vocecita 15

Lanzar uno de veinte lados 41

El lago de los enamorados 61

Las chicas sólo quieren divertirse . . 85

No te pongas pesado 107

Dos almuerzos 131

Teddy responde 147

En un destello 169



La medianoche se acercaba rápidamente. Necesitaban estar con Steve y Robin antes de que fuera demasiado tarde.

—Acelera, ¿quieres? ¡Nos estamos quedando sin tiempo! —gritó Dustin.

—No me grites —gritó Nancy también—. Voy al límite de velocidad. ¡Hay niños en el coche!

Erica asomó la cabeza al asiento delantero.

—¿Lo dices por mí?

—Sí. Lo digo por *todos* vosotros —replicó Nancy, con los ojos fijos en el espejo retrovisor. Repasó los rostros de Lucas, Erica, Max y Dustin. Cada uno de ellos le devolvió la mirada: una hilera de caras impacientes apiñadas en el asiento



trasero—. Os comportáis como si esto fuera una situación de vida o muerte.

Como un coro, respondieron al unísono:

—Lo es.

—Lo es —repitió Mike mientras se movía con inquietud en el asiento del copiloto. Golpeteó el reloj del salpicadero del coche—. ¡Sólo tenemos dos minutos! Debes dar la vuelta aquí.

—¡Ya lo sé! —dijo Nancy girando el volante con fuerza.

Con el chirrido de los neumáticos, el coche de la familia Wheeler salió disparado en la oscuridad. Casi chocó con la acera cuando entró en el estacionamiento del centro comercial de Hawkins. Durante el día, este lugar estaba lleno de compradores, patinetes y gente de todas las edades, pero los faros del coche revelaban una historia diferente en ese momento.

A medianoche, todo parecía estar cubierto por un manto de sombras. Incluso el cartel giratorio del Palace Arcade se había oscurecido. Las luces de la calle parpadeaban débilmente hasta que se apagaron, de pronto, sucumbiendo a un generalizado apagón que estaba causando estragos en todo Hawkins.

La ausencia total de luz abarcaba kilómetros. Y había ocurrido en cuestión de segundos. Los chicos estaban tan concentrados en llegar a toda velocidad hasta el videoclub, que no se habían dado cuenta del paisaje de sombras que les esperaba.

Nancy giró y se detuvo junto al único coche que había en el desolado estacionamiento: un BMW púrpura. El de Harrington.

Dustin tenía la cara pegada a la ventanilla del asiento trasero, pero aún podía reconocer el vehículo a través de la condensación en el vidrio.

—¡Gracias a Dios, todavía están aquí! ¡Vamos!



Los chicos salieron a trompicones del auto incluso antes de que el motor zumbara hasta detenerse. Uno a uno se pusieron en fila y golpearon las puertas de cristal de su lugar de encuentro secreto: el epicentro de la cultura y el entretenimiento en kilómetros a la redonda, un santuario para los marginados y un lugar de salvación para un fin de semana condenado al aburrimiento.

FAMILY VIDEO

En unos momentos, la silueta de alguien perfectamente peinado se acercó a la puerta y la abrió.

—¿Qué os he dicho, salvajes, sobre golpear las ventanas? —preguntó Steve, iluminando de pronto su rostro con una linterna.

Todos le ofrecieron la obligada disculpa antes de dejar de lado la cortesía y abrirse paso hacia el videoclub.

—¿Por qué está todo oscuro? ¿Las luces se han apagado así, sin más? —preguntó Nancy cuando cerraba el coche.

Steve sostuvo la puerta para que entrara ella.

—Literalmente *acaba* de suceder hace como cinco minutos. Robin y yo estábamos a punto de escapar.

—¿Y qué pasa con la película de medianoche?

—Eso es lo que pasa con los reproductores de vídeo, Nancy. No encienden cuando no hay luz. Una locura, ¿verdad?

—Alguien se levantó hoy con el lado equivocado de la laca para el pelo.

—*Alguien* ha estado reponiendo existencias, mientras *otro alguien* ha estado fingiendo que lo hace.



Se refería a Robin, que en ese momento estaba sentada en el mostrador de la recepción, con una linterna en una mano y un paquete de regaliz rojo en la otra. Saludó a Nancy con la mano cuando entró en el sombrío videoclub.

—Bienvenidos al videoclub... —dijo Robin con una voz escalofriante y profunda—. ¡EN EL FIN DEL MUNDO! —luego bajó la voz y añadió animada—: ¿Caramelos?

—¿Regaliz rojo? —preguntó Nancy.

—No he podido abrir la máquina de palomitas —respondió Robin.

—No se abre cuando se corta la electricidad —dijo Steve—. No es una caja fuerte. Y esto no es una película de los drones.

Dustin encendió una pequeña linterna que pendía de su llavero.

—Hablando de películas, ¿cuál es el plan para esta noche?

—¿*Cazafantasmas*? —preguntó Lucas, esperanzado.

—¡No! Otra vez no —dijo Max—. Yo quería saber si ya habían conseguido *Los ojos del gato*?

—Una película de gatitos —dijo Erica despectivamente—. Esperaba algo para adultos. Prometisteis algo para adultos.

—Lo siento —dijo Lucas al grupo—. Mamá y papá han salido del pueblo. He tenido que traerla... y en el camino se han hecho ciertas promesas.

Max rio.

—No es una película infantil sobre gatos. Es una antología de diferentes relatos de Stephen King. ¡Se supone que debe ser salvaje!



—Bueno, eso ya no importa ahora. ¿Lo habéis olvidado? No tenemos electricidad —les recordó Steve.

—Todavía podemos hacer lo de la historia de miedo —sugirió Mike—. Tal vez no sea del nivel de Stephen King, y Drew Barrymore no esté involucrada, pero aún podemos asustarnos los unos a los otros. Además, ¿qué demonios vamos a hacer hasta que vuelva la luz?

—Podríamos limpiar —sugirió Robin. Un momento después, añadió—: Es broma, chicos. Demonios, un público difícil.

—Muy bien, hagámoslo: ¿alguien tiene una buena historia de miedo? —preguntó Steve.

Erica no podía creer lo que estaba escuchando.

—¿Ahora quieres que *nosotros* contemos historias de miedo? Vengo al videoclub para que me entretengan, no al revés —dijo.

—¿A qué le tienes más miedo, Erica? ¿A que contemos historias de miedo...? —preguntó Steve, apagando su linterna para provocar un mayor efecto—. ¿O a que las contemos... *en la oscuridad*?

Silencio. Todos se miraron unos a otros durante un instante, casi temiendo emitir un sonido. Aunque nadie podía expresarlo con palabras, había algo *aterrador* —en un nivel profundamente humano— en decir lo que temías en voz alta cuando apenas había un rayo de luz. Era como si la oscuridad pudiera, de alguna manera, hacer *realidad* esos temores.

—Tengo una —dijo finalmente Nancy desde detrás de uno de los estantes—. He estado investigando Pennhurst últimamente, para un artículo que estoy escribiendo para el periódico, y las cosas que suceden allí os pondrá la piel de gallina.





Eso captó la atención de Robin.

—¿Pennhurst? ¿Ese lugar que está camino arriba?

—Oh, no es sólo un lugar camino arriba. Es un hospital para los criminales dementes. A unos cinco minutos más o menos de aquí. Ha existido durante décadas. Los reclusos más violentos de Hawkins, todos bajo un mismo techo.

—De acuerdo, ya he cambiado de opinión. Esto suena *genial* —dijo Erica cogiendo un poco de regaliz rojo, para después sentarse contra las estanterías. Estaba lista para ser *adultamente* entretenida—. Aterrorízame.

Todos los miembros del grupo se pusieron cómodos, mientras Nancy tenía la palabra. Tomó prestada la linterna de Dustin e iluminó su cara desde abajo para crear un efecto terrorífico.

—Lo que voy a contaros es cien por cien real. Consta en los archivos del condado. Ha sido documentado por periodistas serios e investigado por autoridades estatales y locales, pero sigue *sin resolverse*. Sucedió una noche, una noche como ésta, de 1969. Un paciente se quejó de oír...

